

MEGAN MAXWELL

Cuéntame esta noche

Relatos seleccionados

5,95€



booket

Ficha Técnica

P AUTOR/A:

Megan Maxwell

P TÍTULO ORIGINAL: **Cuéntame esta noche; Relatos
seleccionados**

Argumento

De la mano de las protagonistas de *Un sueño real*, *Llá-mame bombón*, *Ella es tu destino*, *Un café con sal* y *Diario de una chirli*, te sumergirás en las más apasionadas historias, que te harán creer en la fantasía y que te mostrarán que en ocasiones los más profundos deseos pueden llegar a cumplirse, aunque sea de la manera más inesperada?

Un sueño real

Érase una vez una joven llamada Clara. Un día su padre le reveló la mágica realidad que escondía la montaña del Olvido, un lugar sorprendente, plagado de patrañas y quimeras, y al que todos los habitantes del pueblo temían. Durante generaciones, su familia trató de ocultar el secreto,

pero cuando ella lo descubrió ya nada volvió a ser como antes.

Si te gustan los cuentos, las leyendas y las historias llenas de magia, romanticismo y fantasía, Un sueño real te enamorará.

Llárame bombón

Hace tiempo que para Gema nada tiene sentido. La joven se debate entre su aprensiva madre y su sobrino, mientras intenta salir adelante con un modesto sueldo de auxiliar administrativa en una oficina. Una tarde de compras navideñas, Gema y su amiga Elena se topan con un hombre disfrazado de Papá Noel que las invita a pedir un deseo. Aunque en un primer momento Gema se muestra reticente, por fin accede y se atreve a soñar con lo que más anhela. Lo que ella no sabe es que en ocasiones los deseos se cumplen y, además, de la manera más extraña...

Ella es tu destino

Lidia es una caza-recompensas que, junto a su inseparable dragón Dracela y su fiel amigo Gaúl, ha hecho de su vida una aventura. Esta forma de vida le permite seguir con su particular misión que no es otra que encontrar a Dimas Deceus y vengar la muerte de su familia.

Su último encargo: capturar al ladrón Bruno Mezzia, fugado hace pocos días. Tras capturar a Bruno (apuesto y fuerte) y mientras lo trasladan para su entrega, encuentran en su camino a Penélope Barmey en busca de ayuda para rescatar a su marido y, a cambio de su apoyo, les ofrece una llave élfica, pieza clave para vencer los peligros que les esperan en su camino y que facilitará que Lidia llegue hasta Dimas Deceus y culmine su venganza.

Estos acontecimientos les obligarán a posponer la entrega de Bruno. El camino que recorrerán hará que poco a poco Lidia se fije en Bruno y éste en ella, a pesar de que la guerrera intente esconder sus sentimientos mostrándose fría y ruda. Mientras Gaúl se dará cuenta de que el hermano del terrateniente que les ha hecho el encargo no ha dicho toda la verdad. Bruno no es un ladrón.

Una aventura que te llevará por tierras fantásticas de la mano de unos personajes que te llegarán al corazón.

Un café con sal

Lizzy es una joven moderna y extrovertida a la que le encanta salir con sus peculiares amigos. Aunque no es el trabajo de sus sueños, se gana la vida como camarera en el restaurante del hotel Villa Aguamarina de Madrid.

Un día, a la salida de una fiesta en la que ella ha servido el catering a los invitados, ve que un coche se acerca peligrosamente a un hombre que está en la acera hablando por el móvil. Lizzy no lo piensa dos veces y va en su ayuda.

Sin saberlo, acaba de evitar el atropello de William, el hijo del dueño del hotel. Serio, clásico, reservado y algo mayor que ella, en un principio se enfada al verse rodando por los suelos, pero minutos después se queda prendado con la muchacha que le ha salvado del accidente.

A partir de ese instante, el destino, y más concretamente William, harán todo lo posible para que algo mágico suceda entre ellos. ¿Estará Lizzy preparada para lo que le depara el futuro?

Diario de una Chirli

Eva acaba de quedarse en paro y, sin saber muy bien cómo, se encuentra "sustituyendo" a su pija hermana gemela

en su trabajo mientras ella se va de vacaciones una semana con su novio. Pero lo que debería haber sido "un gran fastidio", se convierte en un gran problema cuando descubre que le resulta más fácil de lo esperado asumir la identidad de su hermana y que ésta le ocultaba unos cuantos secretos inesperados.

Relatos

- [Un sueño real.](#)
- [Llámame bombón.](#)
- [Ella es tu destino.](#)
- [Un café con sal.](#)
- [Diario de una chirli.](#)

Un sueño real

Un sueño real.

Érase una vez que se era, en un pueblo llamado Versua-legón, una mañana de frío invierno en la que ocurría un acontecimiento especial en casa de los Martínez. En el dormitorio de Cruz y Fernando estaba naciendo un nuevo retoño y todos estaban ansiosos por conocer a la personita que pronto sería un nuevo miembro de la familia.

—¡Una niña!, ha sido una preciosa niña —gritó Amalia, la matrona del pueblo.

Fernando, el padre de la criatura, entro rápidamente en la habitación para conocer a su hija y ver a su *chica*, como llamaba cariñosamente a su mujer Cruz, y se encontró con una rolliza y preciosa criatura, a la cual decidieron ponerle el nombre de Clara, en memoria de su abuela materna.

Los veranos e inviernos fueron pasando y Clara, aquel precioso bebé, creció hasta convertirse en una bonita joven, alta, de gran cabellera morena y grandes y despiertos ojos.

Una mañana de aquel caluroso verano, cuando Clara regresaba de comprar el pan en la panadería de Chari, se fijó en que una ancianita intentaba subir una escalera de escalones bastante altos. No podía, por lo que rápidamente se acercó a ella y le dijo:

—Un momento señora, yo la ayudaré.

Y cogiéndola por el brazo fue aupando a la anciana. Al llegar al final de la escalera, la mujer miró muy agradecida a Clara y pidió sentarse en un banco que había cercano a ellas. El esfuerzo la había agotado. Clara, a quien le encantaba hablar con las personas mayores, pues las consideraba

personas sabias por las vivencias que llevaban a sus espaldas, no lo pensó y se sentó con ella a descansar.

—Has sido muy amable, hija —expresó la anciana mirándola a los ojos.

Con una candorosa sonrisa, la joven contestó:

—No ha sido nada. Lo que hice por usted lo hubiera hecho cualquiera.

—Hija, no creas —murmuró la mujer—. No todo el mundo se para a ayudar a una anciana. Hoy en día cada cual va a lo suyo y no se suele mirar alrededor a ver quién necesita que le echen una mano.

Clara sabía que la señora tenía razón, pero, para quitarle importancia a su acto, preguntó:

—¿Es usted del pueblo? ¿Nunca la había visto?

La anciana, temerosa de la reacción de la muchacha, asintió y musitó:

—Llevo en este pueblo y en estas montañas toda mi vida.

—¿En serio? —planteó Clara dudosa—. Nunca la he visto, ¿dónde vive?

—En la montaña del Olvido.

Clara se quedó alucinada. Aquella dulce y arrugada anciana era la mujer a la que todo el pueblo evitaba, ¡la bruja del olvido!

Según contaba la leyenda, todo aquel que se atrevía a cruzar aquella montaña no regresaba más. Y, si lo hacía, sus recuerdos se perdían en aquel lugar.

Clara, levantándose del banco como si le hubieran puesto un petardo en el culo, anunció:

—Me tengo que ir. Mi madre se preocupará si no llego pronto con el pan.

—Lo entiendo, hija..., lo entiendo —susurró la anciana con resignación mientras se levantaba para proseguir su camino y veía cómo se alejaba la joven—. Ha sido un placer conversar contigo.

Clara, un poco asustada de haber hablado con la bruja del olvido, caminó rápidamente hacia su casa. Necesitaba contarle a su madre lo ocurrido. Pero cuando llegó su madre no estaba, aunque sí sus hermanas casadas. Por ello, y soltando el pan en la encimera de la cocina, se volvió hacia ellas y con gesto asustado les dijo:

—¿Sabéis lo que me ha ocurrido?

Sus hermanas, al notarla acelerada, la miraron y preguntaron al unísono:

—¿Qué?

Clara se sentó en una de las sillas que había frente a la mesa de roble y murmuró:

—Cuando venía de comprar el pan, había una anciana que intentaba subir las escaleras de la fuente y no podía. Yo la he ayudado, y cuál no sería mi sorpresa al descubrir que aquella mujer era ¡la bruja del olvido!

Al escuchar aquello, sus hermanas se hicieron la señal de la cruz y se quedaron mirándola con los ojos muy abiertos sin saber qué decir. Clara, nerviosa y muy aprensiva por aquello, comenzó a pensar que pronto empezaría a perder sus recuerdos. Se había cruzado con la bruja.

Cuando por la tarde llegó su madre y escuchó lo ocurrido, rápidamente la hizo beber un brebaje de hierbas. Según la mujer, aquello evitaría que el hechizo siguiera adelante.

—¡Qué asco, mamá! —susurró la joven sacando la lengua al beber lo que su madre le daba.

Pero ésta no quiso escucharla y la apremió:

—Todo, hija. Te lo tienes que beber todo.

Ante la cara de preocupación de su madre, Clara se lo tomó entero, aunque sabía a demonios.

Por la noche, mientras todos cenaban alrededor de la mesa, la muchacha escuchó cómo su madre le contaba a su padre lo ocurrido. Fernando acababa de llegar de viaje aquel mismo día. Era tratante de ganado y un hombre acostumbrado a moverse por pueblos y oír historias de todo tipo.

—No es para reírse —protestó Cruz mirando a su marido.

—Pero, *chica* —respondió éste en tono burlón—, ¿cómo puedes seguir creyendo en esas historias? Pobre mujer. Con lo anciana que debe de ser y todavía soportando esas absurdas historias.

—Padre —dijo Juani, una de sus hijas—, ¿tú no crees esas historias?

—No.

—Entonces, ¿por qué se comenta eso de esa señora?

Con mirada cansada y sabia, Fernando miró a sus hijos mientras partía un trozo de pan de la hogaza y contestó:

—La familia de esa pobre anciana siempre fue extraña. Nunca se relacionaron con las gentes del pueblo. Únicamente bajaban aquí un par de veces al año y, claro, eso dio lugar a habladurías como que si eran brujas las mujeres que allí vivían, o que si el demonio rondaba por aquella casa. Luego se dio la circunstancia de que hace unos treinta años, más o menos, llegó al pueblo un muchacho llamado Joaquín, quien por cierto estuvo trabajando con Felipe, el de la tienda de ultramarinos. Era un chaval agradable que cada fin de semana cogía su mochila y a quien le encantaba acampar en la montaña. Algunos del pueblo le comentaron la existencia de aquella familia en las montañas, pero

él no creía en esas habladurías. Aquel verano, cuando Felipe cerró la tienda, Joaquín en vez de quedarse en el pueblo se marchó a la montaña. Los días pasaron y no bajó. Entonces el alcalde junto con varios vecinos que se ofrecieron a ayudarlo, lo buscaron durante días, pero lo único que se encontró de él fue su mochila.

—Padre, ¿pero qué fue de él? —preguntó Clara con los ojos como platos.

Fernando, divertido por la atención de todos y el gesto desencajado de su hija, la miró y continuó:

—Pasaron tres años. Un día, mientras Josele, el pastor de ovejas hermano del tío Matías, subía a la montaña junto a su rebaño, vio a un hombre andando por la montaña. Y cuál no sería su sorpresa cuando, al acercarse para ver si necesitaba ayuda, reconoció en él a Joaquín, el joven desaparecido en la montaña años atrás.

—Pobrecillo —mencionó Cruz—. No recordaba nada de lo que le había sucedido. Sus recuerdos se detuvieron el día que subió a la montaña. Para él no había pasado el tiempo. Incluso durante los días que estuvo aquí lo único que repetía una y otra vez era la palabra «olvido».

—¿Pero, papá —preguntó Clara—, qué tiene que ver esa mujer en toda esta historia?

Cabeceando, Fernando volvió a mirar a su hija y apuntó:

—Tiene que ver lo que algunos quieren. Empezaron las habladurías, porque la mochila que apareció de aquel hombre la habían hallado cerca de la casa de aquella familia e, hija, ya sabes cómo es la gente: se divagó acerca de que lo habían tenido prisionero, que lo habían embrujado con brebajes y un sinfín de tonterías más que sinceramente a mí me hacen reír.

Cruz, malhumorada por aquello, le dio a su marido un pescozón que a éste le provocó de nuevo una sonrisa y

Clara volvió a preguntar:

—Y ese hombre, Joaquín, ¿dónde está ahora?

—Desapareció de nuevo —respondió Cruz con los ojos muy abiertos—, y nunca más se volvió a saber de él.

—Y por eso, hija —prosiguió Fernando—, a esa pobre mujer se la llama «bruja». Se comentó que un embrujo de ella hizo que aquel hombre regresara a la montaña y nunca más volviera. De ahí el nombre de la montaña del Olvido. Luego empezaron a surgir historias de que quien se adentraba en ella olvidaba sus recuerdos, pero ¿sabes, hija? —cuchicheó acercándose a Clara—, eso son tonterías. Yo mismo, cientos de veces por acortar el camino para retornar a casa, he atajado por la montaña y aquí me tienes: ¡no he perdido ni un solo recuerdo!

Al escuchar aquello, Cruz miró a su marido y con cara de enfado gritó:

—¡Fernando! No lo dirás en serio, ¿verdad?

El hombre, consciente de lo que ella pensaba de aquello, negó con la cabeza. Para él aquélla seguía siendo la mocita de preciosos ojos que conoció un lejano día llena de barro cuando iba a bailar las jotas de su pueblo. Por lo que, sonriendo, posó su mano sobre la de ella y murmuró:

—Que no, *chica...*, que no. Lo he dicho para impresionar a la niña. Tranquila, nunca cruzo la montaña.

Más sosegada, Cruz recogió los platos de sopa con la ayuda de sus hijas mayores y, alejándose con ellas, musitó:

—Eso espero, maldito cabezón.

—¡Papá, papá! —susurró Clara—: ¿De verdad cruzaste la montaña?

Fernando, tras cerciorarse de que su mujer estaba entretenida con sus otros hijos, le respondió:

—Cariño, claro que cruzo la montaña. Atajo por ella unos cuarenta kilómetros. Pero recuerda, es un secreto entre tú y yo.

Sin saber si tenía que sonreír o no, Clara asintió. Entre ella y su padre siempre había existido una unión especial y les gustaba tener secretos.

—Vale, papá, es nuestro secreto.

Fernando lo aprobó y cuchicheó:

—De todas formas, no creas todo lo que se cuenta en el pueblo. La mayoría de historias son cuentos de vieja.

Cruz, al ver a padre e hija sumidos en una conversación, se acercó a ellos y preguntó:

—¿De qué habláis vosotros dos?

Fernando, tras guiñarle un ojo a su hija, respondió:

—De nada, *chica...* de nada. Sólo le decía a Clara que no subiera nunca a la montaña.

Los días como las noches pasaron y aquel incidente se olvidó. Pero en la mente de Clara seguía dando vueltas aquello que su padre le había aconsejado: «No creas todo lo que se cuenta en el pueblo, la mayoría de historias son cuentos de vieja».

Sin saber por qué, Clara no podía olvidar los ojos de aquella anciana. Eran tristes y solitarios, pero al mismo tiempo amables y bondadosos. Quizá su padre tuviera razón, pero ¿y si, por el contrario, era su madre quien la tenía, y aquélla fuera una bruja?

Dudaba, dudaba y dudaba. Ése era tal vez el mayor problema que Clara tenía consigo misma, la duda. Siempre daba mil vueltas a qué hacer hasta decidir cómo proceder. Incluso cuando ya había actuado según su deliberada decisión, seguía pensando qué hubiera pasado si hubiese actuado de otra manera.

Llegó el invierno y con él llegó la Navidad, el turrón, los mantecados y, sobre todo, el buen cordero que su padre traía cada año por aquellas fechas. Su madre lo cocinaba con todo su amor y todo el que quisiera acercarse a su mesa estaba invitado.

Durante aquellos meses, Clara había pensado ocasionalmente en aquella anciana. ¿Cómo estaría en la montaña? ¿Tendría frío? ¿Viviría sola?

En Nochevieja, como cada año, su casa se llenó de gente. Sus tíos y primos siempre cenaban esa noche en el acogedor hogar de los Martínez.

La pequeña de sus primas se llamaba Elena, que estaba soltera como Clara. Siempre se habían entendido bien, aunque quizá gracias a la paciencia de Clara con su prima, quien a veces actuaba de un modo extraño y por eso, desde hacía tiempo, había dejado de confiar en ella. Elena tenía un problema. Era tremendamente envidiosa y todo lo que los demás conseguían siempre lo quería para ella. En especial tratándose de Clara. Si a la joven se le ocurría comentar que un muchacho le agradaba, siempre Elena se adelantaba. El problema era que aquella relación de Elena con los chicos era pasajera. En cuanto estaba dos días con ellos, se aburría y los plantaba, dejando a Clara perpleja.

La gran cena de fin de año fue magnífica. Hubo de todo. Comida, risas, buena compañía y, sobre la una de la madrugada, los más jóvenes decidieron irse a la discoteca del pueblo para bailar, mientras los mayores quedaban en casa jugando a las cartas, al bingo o al dominó.

Al salir de su casa, a Clara le pareció ver una tenue lucecita en la montaña, pero decidió olvidarse de ello e irse con sus primos y hermanos a bailar. La noche se presentó divertida y todos rieron y bailaron hasta caer agotados.

Cuando llegó el momento de la música lenta, Clara, junto con dos de sus primas, se dirigió hacia la barra para pe-